



Primer Domingo de Adviento
30 de noviembre, 2025
Padre David Carter, Rector de la Basílica

La Iglesia está llamada a ser constructora de cultura

El Adviento siempre es un comienzo, un nuevo año en la gracia de Dios, una nueva oportunidad para abrir el corazón al Señor que viene. Cada año por este tiempo le pido al Señor un tema que pueda guiar a nuestra parroquia. El tema que ha tocado mi corazón es este: la Iglesia está llamada a ser constructora de cultura.

Jesús mismo nos enseña esto. Él dice: Ustedes son la sal de la tierra. Ustedes son la luz del mundo. El Reino de Dios es como la levadura escondida en la masa. La sal, la luz y la levadura actúan desde dentro. No huyen del mundo ni lo destruyen. Lo transforman con paciencia y fortaleza. Esto es lo que Dios pide de Su Iglesia.

Y este mensaje es especialmente importante para muchos de ustedes que han dejado su tierra, han cruzado fronteras y han venido aquí buscando seguridad, trabajo y un mejor futuro para sus familias. En estas experiencias de dificultad ustedes no han perdido la fe. No han perdido el amor a Dios. Llevan su cultura, su idioma, sus tradiciones y su devoción en el corazón. Traen un tesoro. Y la Iglesia les pide que no escondan estos dones, sino que ayuden a construir aquí, en este lugar, una cultura de fe, una cultura que muestre la presencia de Cristo en esta ciudad.

Los primeros cristianos entendieron esto muy bien. La semana pasada, en el Oficio de Lecturas, escuchamos el pasaje de la Carta a Diogneto, un texto hermosísimo del siglo segundo. Allí dice: “Los cristianos no se distinguen de otros hombres por su nacionalidad, su idioma o sus costumbres. Y sin embargo, hay algo extraordinario en su vida. Viven en su tierra como si fueran extranjeros. Comparten su mesa, pero no sus esposas. Pasan sus días en la tierra, pero son ciudadanos del cielo.” Y añade: “El cristiano es al mundo lo que el alma es al cuerpo.”

Esto significa que dondequiera que estén, incluso lejos de la tierra donde nacieron, llevan dentro de ustedes la vida de Cristo. Siguen siendo ciudadanos del cielo aunque la vida en la tierra sea dura. Muchos de ustedes conocen la persecución, la pobreza, el miedo y la incertidumbre. Algunos han sufrido discriminación. Algunos han sido separados de sus seres queridos. Algunos han experimentado injusticia. Esto puede hacerles preguntar dónde está Dios.

Pero la Carta a Diogneto también dice que los cristianos son rechazados “no porque hayan hecho algo malo, sino porque no siguen los placeres del mundo.” Sin embargo, siguen amando, siguen perdonando, siguen construyendo. En esto, Dios les da una dignidad profunda. El mundo puede hablar mal de ustedes, pero el amor de Cristo que llevan dentro no les puede ser quitado. Sus sufrimientos pueden fortalecer su fe, no destruirla. Sus pruebas pueden hacer que su luz brille con más claridad, no que se apague.

En todo esto, la adoración a Dios es el corazón de quienes somos. La palabra cultura viene de cultus, que significa adoración. A quien adoramos y cómo lo adoramos forma el mundo que nos rodea. Por eso el Adviento nos llama a volvernos nuevamente hacia el Señor que viene. Dios se ha revelado. Nos ha mostrado quién es Él y cómo quiere ser adorado. Ahora nos preparamos para recibir al que tomó nuestra carne en la pobreza y nos mostró el rostro del Padre.

Si queremos construir una cultura católica en esta parroquia, una cultura que refleje la belleza de Dios, nuestra adoración debe estar dirigida hacia Él. El Papa Benedicto XVI escribió en El Espíritu de la Liturgia: “La liturgia no es un círculo cerrado, es una procesión hacia el Señor que ha de venir.” Nuestra oración nunca



debe estar centrada en nosotros mismos, sino en Dios. Nuestros corazones y nuestros cuerpos deben apuntar hacia Él.

Por esta razón, muchos feligreses han pedido que consideremos la postura tradicional ad orientem durante la Plegaria Eucarística. En esta postura, el sacerdote y el pueblo miran en la misma dirección, hacia el Señor, hacia el sol naciente, hacia el Padre a quien se ofrece el Sacrificio. No es el sacerdote dándoles la espalda, es toda la Iglesia volviéndose junta hacia Dios. No estoy anunciando cambios hoy, pero quiero empezar una conversación tranquila y llena de fe sobre esto, porque la manera en que adoramos forma la cultura que construimos.

Al comenzar este nuevo año litúrgico, los invito a preguntarse: ¿Cómo me llama Dios a construir Su cultura en este lugar? ¿Cómo me llama a responder a las dificultades, a la persecución o al miedo con fe, valentía y amor? ¿Cómo nos llama el Señor a adorar de manera más profunda, con el corazón vuelto hacia Él?

Tal vez se sientan lejos de su hogar, pero no están lejos de Dios. Están en el mundo, pero no son del mundo. Son ciudadanos del cielo. Y por su fe, su perseverancia y su devoción, llevan la presencia de Cristo a cada lugar donde ponen el pie.

Que este Adviento sea un comienzo, un volvernos hacia el Señor que viene, y una renovación de nuestra misión de construir una cultura que refleje Su amor y Su gloria.